

Si en las clases inferiores de la sociedad se percibía este movimiento religioso unido á grandes tendencias políticas, percibíase otro movimiento análogo en las altas clases sociales. Buscan los ingleses, por un sentimiento natural á la raza normanda, cuyos instintos viajeros quedan mostrados en la historia, buscan, decia, los cielos de la luz y las tierras de la inspiracion, los cielos y las tierras de Italia. Y desde mediados del siglo décimoquinto, multitud de jóvenes britanos, viajeros incansables, iban á las orillas del Arno, á los jardines de Florencia, á los palacios de Cosme y Lorenzo de Médicis, al templo del arte donde se mezclaban los buzos de las ruinas antiguas con los descubridores de nuevas tierras, los filósofos de las doctrinas platónicas con los artistas del Renacimiento, los doctos como Policiano en las letras griegas y latinas, con los mártires como Savonarola, de la libertad y del Evangelio. No contribuía poco al desarrollo de la revolucion religiosa en Inglaterra la diligencia de Linacero en recoger la miel que destilaban las hayas de los jardines florentinos; el arte con que el italiano Viteli en Oxford y su compatriota Amberino en Cambridge resucitaban las ciencias antiguas, mostrando cómo la razon y la verdad no pueden contenerse, no, en los estrechos límites de una Iglesia y en las egoistas creencias de una secta; la aparicion de Caxton que, trayendo en sus manos la imprenta, con la imprenta ¡oh! traía tambien el áncora que aseguraba la eterna emancipacion del espíritu. A este movimiento unióse la exaltacion de los Tudores al trono de Inglaterra, en el cual sustituía á los reyes feudales de la Edad media, tomando el carácter de los reyes absolutos del Renacimiento. La idea, que abrigaban de su poder soberano, habia de llevarles por necesidad á sobreponer el Estado á la Iglesia; y en esta sobreposicion natural á los tiempos monárquicos, que cierran la Edad media, si la Iglesia opone obstáculos formidables al Estado, el Estado desarraigará implacablemente á la Iglesia. No busqueis, pues, en la revolucion religiosa de Inglaterra, no busqueis la Vialáctea de ideales varios, lucientes en el cielo inmortal de la revolucion germánica; no busqueis los mártires inmolados en la plaza de la Señoría de Florencia que dejan tantos resplandores en la conciencia humana y en la historia universal; no busqueis las ciudades brillantes de Suiza, que resplandecen al pié de los Alpes con su conciencia tan clara como las virgíneas nieves de

los montes y las celestes superficies de los lagos; no busqueis aquellos tribunos en Helvecia nacidos ó por Helvecia prohijados que llevan la palabra evangélica y la libertad moderna en los períodos semejantes á estrofas de sus arengas semejantes á odas; la razon de Estado, la voluntad del rey, sus pasiones, engendran la revolucion religiosa de Inglaterra, revolucion monárquica, bien diversa de la revolucion religiosa de Suiza, que es en el fondo y en la forma una revolucion republicana.

Así, en la Gran Bretaña no se necesita de modo alguno estudiar las ciencias; basta con estudiar los hechos para comprender la revolucion. En la Gran Bretaña no se necesita seguir el camino de los predicadores, ni vislumbrar la estela de ideas que dejan á su paso; basta con estudiar los Reyes, su política, sus maniobras, sus intrigas, su corte. Por una de esas coincidencias frecuentes en la historia, y que muestran la unidad y la identidad del espíritu europeo, los Reyes astutos de la segunda mitad del siglo décimoquinto se parecen todos entre sí como se parecen todos entre sí los Reyes santos del siglo décimotercio, y como se parecen todos entre sí los Reyes crueles del siglo décimocuarto. Adscritos al doble ministerio de fundar los Estados modernos y destruir el feudalismo antiguo; la doblez y la perfidia componen el fondo de su temperamento; el engaño y la mentira resultan los medios capitales de su gobierno, faltar por completo de conciencia y sobrado de iniquidad y de crueldad. Todos los Reyes de aquel tiempo, lo mismo Fernando el Católico de España que Luis XI de Francia, lo mismo Luis XI de Francia que Enrique II de Inglaterra, juntan la astucia de la zorra con la crueldad del tigre y cavan bajo la tierra los fundamentos de las instituciones que intentan derribar, cuando no pueden lanzarse sobre ellas desde las alturas del trono como se lanzan las águilas y los milanos sobre su presa desde los abismos del cielo. Para mayor confusion del espíritu humano todos ellos necesitan saltar sobre los respetos debidos á la justicia y sobre los privilegios legitimados por la historia, tanto en su política interior como en su política exterior. Este subirá al trono para despojar al duque de Borgoña; y aquel subirá al trono para herir á Juana la Beltraneja; y Enrique II subirá al trono para inmolarse al último de los Plantagenets. De suerte que el tipo de la monarquía maquiavélica se cumple y realiza en casi todos los Reyes contemporáneos de

Maquiavelo; en Alejandro VI, en César Borgia, en Luis XI, en Fernando V, en el avaro, doble y astuto Enrique II de Inglaterra. Un naturalista podía estudiar especialmente las cualidades idénticas de estos tres últimos Reyes, cual si estudiara los órganos y los humores de individuos de una misma especie. Ninguno de ellos tiene el esplendor teatral y la romana largueza de César Borgia y de Alejandro VI; pero todos tienen su misma falta de conciencia y su misma sobra de ambición. Cambiantes en sus propósitos, múltiples en sus procedimientos, dobles en sus palabras, hipócritas en sus actos, taimados en sus proyectos, sin escrúpulos y con reservas, preparan los golpes con cuidado y los asestan con crueldad, atentos á engañar al enemigo poderoso y á destruir y aniquilar al enemigo débil.

Así, Enrique de Tudor aparece como uno de los príncipes más hábiles que han existido en el mundo, al par que como uno de los príncipes más desconfiados, más egoístas y más avaros. Educado por una mujer de la elevación de su madre, tan solícita en servir y consolar á los pobres como en acorrer y magnificar á los sabios; la dulce alma, que le educara, no acertó á transfundir sus bellas cualidades en el alma oscura de aquel Rey grande y artero. Sin embargo, atraídos por la fama de la espléndida princesa, llegaban los sabios á Inglaterra y difundían los pensamientos destinados á producir y avivar la revolución religiosa. Un día se hallaban dos personajes, notables por la amenidad de su conversación recíproca, sentados frente á frente y á la misma mesa en banquete ofrecido por el lord corregidor; y de tal suerte hablaron ambos y tal número de sendas emociones supieron despertarse en sus respectivos sentimientos, que el mayor de los dos dijo al otro: «O eres Moro ó no eres nadie,» á lo cual Moro le contestó: «O eres tú Erasmo ó eres el diablo.» Desde aquel momento, se unieron para no separarse jamás. Moro frecuentaba el mundo y la penitencia; quería con igual cariño á las mujeres y á las ideas; dábale con verdadero entusiasmo á las delicias de la vida y á los cilicios del claustro; y después de un baile, donde había danzado hasta caerse y bebido hasta embriagarse, arrancábase con disciplinas punzantes la sangre de su cuerpo y desvanecía-se como una oración alada en el más exaltado y vaporoso misticismo. El mismo Erasmo nos refiere el día primero que encontró á la familia real de Inglaterra. Allí estaba la joven Margarita, cuyo último

nieto debía inaugurar la nefasta dinastía de los Estuardos; allí estaban los niños María y Edmundo, llamados á tan altos destinos; pero quien lucía descollando entre todos los príncipes de la sangre real, aunque solo tuviese nueve años, por su porte majestuoso, por su mirada inteligente, por su apuesta figura, por su exquisita cortesía, era el duque de York, hijo segundo del Rey Enrique, diestro en cabalgar, intrépido en combatir, experto en jugar á lanzas y torneos, y que con igual vocación cultivaba el arte de la música que la ciencia de la teología y de la política. Este príncipe se llamó en lo porvenir Enrique VIII; y fué por la Providencia impelido á llevar á Inglaterra la revolución religiosa. Pero veamos de qué suerte y por cuán extraños caminos.

Corría el año primero de la centuria décimasexta. El poder de Francia se aumentaba; y todos los demás Estados europeos temían aquella grande aglomeración de tierra condensada en el centro de Europa. Borgoña, Provenza, Bretaña, comenzaban á desprenderse de la encina feudal para caer en el seno de la monarquía francesa; y tan grande extensión y poderío del Estado central alarmaba justamente á los demás Estados vecinos. Así Fernando de Aragón tramaba en todo el continente alianzas por los medios propios de su siglo, por los enlaces dinásticos. En virtud de esta política unió su hija doña Juana con Felipe el Hermoso, heredero de los Países Bajos; y propuso el casamiento de su hija doña Catalina con Arturo Tudor, heredero del trono de Inglaterra. Este segundo enlace le causaba ciertamente algunos cuidados y le traía receloso por las divisiones y las competencias de las diversas dinastías, que aun proyectaban su sombra, después de asesinados los hijos de Eduardo por Ricardo III, y concluidas las guerras de las dos rosas, sobre el trono altísimo de Inglaterra. Mas el último representante de la histórica dinastía de los Plantagenets, el pobre Warwick, encerrado, después de largos años, en la torre de Londres por el enorme crimen de haber nacido príncipe, vió un día entrar al verdugo en la prisión y notificarle el apercibimiento á la muerte. En efecto, la cabeza del último Plantagenet rodó en las losas de los calabozos y la dinastía de los Tudores se afirmó plenamente en el trono de Inglaterra, erigido sobre este infame crimen y semejante por lo mismo á un horrible cadalso.

Concluida la familia rival, ya podia Fernando V enlazar á su hija Catalina con el heredero de la no disputada corona. Detengámonos á contemplar este matrimonio, causa ocasional de la revolucion religiosa en Inglaterra. Catalina de Aragon, como todos los historiadores europeos la llaman, fué dada al mundo por su madre Isabel la Católica el año 1485 en Alcalá de Henares. A pesar de su estado de preñez, la Reina Católica sitiaba con pujanza igual á la pujanza de los primeros capitanes del mundo, la formidable ciudad de Ronda; y recorria con la actividad propia de los primeros estadistas y repúblicos toda la extension de sus numerosos Estados. En una de estas correrías por el centro de la Península la sorprendió el parto, que diera á luz á Catalina; y al tercer dia del sobreparto recibió la fausta nueva de que Ronda se habia entregado á su imperio. Los primeros años de la jóven princesa engendrada en Andalucía y nacida en Castilla, corrieron tranquilos y felices en los alicatados salones de la Alhambra y en las risueñas campiñas de Granada. Mala preparacion para trasladarse á la brumosa Inglaterra el haber aspirado las esencias que suben de la Vega; el haber oido los surtidores que saltan en las albercas; el haber visto los cipreses de la Sultana entrelazados con las rosas y los jazmines en los patios del Generalife, al través de las doradas celosías; el haber escuchado las serenatas sin fin de los ruiseñores en coro entre los bosques de los cármenes; el haber asistido, desde cualquiera de las torres bermejas, á la puesta de sol tras los montañas de Loja, que se transparentan como un cristal azul, mientras se enrojecen y purpuran las nevadas crestas de Muley Hacem y los empinados picachos de las Alpujarras en aquella orgía de colores y de canciones que forma como una eterna zambra en la Naturaleza y da como un eterno regocijo á los ánimos. Seis años tenia, cuando llegó la sublime ocasion, cúspide verdadera de nuestra historia de la Edad media, en que el cardenal Mendoza elevaba la cruz de plata, todavía hoy bendecida en la primera de nuestras iglesias, sobre la torre llamada de la Vega, mientras se iban los últimos príncipes moros con su Rey Boabdil, lanzando suspiros y vertiendo lágrimas, á los ecos del Te-Deum exhalado por los ejércitos vencedores, puestos de rodillas sobre aquella tierra sacra, en que concluia el rescate de la patria con la epopeya de los siete siglos y comenzaban como á surgir del fondo de los mares las tierras del Nuevo Mundo,

valiosos premios concedidos á nuestra fe y á nuestra constancia. De tal suerte se combinaban los matrimonios régios con las cábalas políticas que, en aquel tiempo, cuando tan corta edad tenia Catalina, trataban ya sus padres de casarla, enviándola, por razon de Estado, á extrañas cortes, donde no habia de ver la gloria que brillaba en su familia ni la hermosura que resplandecia en su Granada.

Al tratarse por vez primera el matrimonio de Catalina, contaba esta princesa tres años; y el príncipe á quien se la queria destinar aun dormia en brazos de su nodriza. Feliz coyuntura aquella para el Rey Católico en su odio aragonés á Francia y los franceses. Enrique VII de Inglaterra vivió algun tiempo en la corte fastuosa del calavera Carlos VIII; y contrajo en ella invencibles inclinaciones hácia la nacion central de Europa, cuyos efectos queria desbaratar el Rey de España, enemigo por los litigios sobre el Rosellon y Cerdaña, por las competencias sobre los reinos de Nápoles y Sicilia, del pueblo y del monarca vecinos. Una jóven princesa, educada en los tiempos del heróico poema nacional; idólatra de sus padres á quienes habia visto coronados por cien victorias; amante de esta España, espléndida y poderosa entonces como ningun otro pueblo, debia contrastar toda alianza de Enrique VII con Carlos VIII é impedir la triste aparicion de nuevos obstáculos en el centro europeo á nuestro natural engrandecimiento. Así, en cuanto se le dirigió la menor indicacion sobre un probable matrimonio entre la princesa Catalina y el heredero al trono británico, entabló negociaciones con la mezcla de cautela y franqueza que distinguian todos los actos diplomáticos del Rey don Fernando V.

Dos asuntos principales se trataron con extension y profundidad en aquellas conferencias políticas; el primero relativo al estado de la familia real británica en su trono y el segundo relativo á la dote de la princesa Catalina en su matrimonio. Las competencias de la casa de York y de la casa de Lancaster habian por largo tiempo ensangrentado los campos de Inglaterra; las dos rosas, la blanca y encarnada, escarapelas de los dos partidos rivales, exhalaban el frio sopro de la muerte, extirpando generaciones enteras; Enrique VII, vástago de la casa de Lancaster, se habia casado con Isabel, hermana de los hijos de Eduardo IV asesinados por Ricardo III en la torre de